

EL DIENTE DE SUSO

Miriam, la muñeca de cartón, jugó un día a los dados. Fue una primera vez y la última. Eso se produjo aquella tarde en que el Hombre de trapo quiso jugar también a la trascendencia cuando hubo de gestarla, si es que hay que llamar así a la mínima metamorfosis que sufrió pronto en su cuerpo semanas antes al nacimiento de Cristalina, extraño acontecimiento que nos ha motivado el hecho de recurrir al relato junto al critiqueo.

El dado era tan pequeño que se le perdía entre sus rústicas arrugas de la mano de cartón. Había sido hecho con el diente para un ratoncito Pérez del último cumpleaños, de ese mayo, del más pequeñín de la familia que vivía metros más abajo de la buharda. Suso, que así se llamaba el menudo, lo había subido a la buhardilla para mostrárselo al Muñeco de pelusa, su preferido en las caricias y maltratos. Era una de esos marfiles de leche que se caen con el tiempo por cualquier cosa. Como si en un mal tropiezo al más viejo de la familia se le fracturara la cadera, a Suso, mordisqueando un lápiz de color amarillo quemado, se le hizo un dolor sordo en la encía y pronto una cosa como una piedrecita enrojecida le raspaba la lengua. Lo puso en la palma de la mano¹ y empezó a buscar al Ratoncito Pérez.

Anduvo llamándolo por toda la casa hasta que al fin, cansado de ir de aquí para allá, acabó por subir a la buhardilla. Allí se puso a hablar con el Osito gris de pelusa. Le contó que buscaba a aquel famosísimo ratoncito porque tenía que darle un regalo por su flamante muela o diente, pues no sabía qué era, ya que nadie en la casa le había hecho caso a eso que se le había roto en la boca. El Osito de pelusa, que sabía mucho de la verdad y la mentira, y de cuando una y otra no hacen daño alguno, le contó que hacía muchos años ya que en aquella casa el tal Ratoncito Pérez, como si fuera un Papá Noël extemporáneo, no pisaba sus reales. Y es que, o todos los niños andaban tragándose sus muelas, o se habían olvidado de crecer para no tener que llegar a adultos, lo que, por otro lado, esto último, no le parecía tan mal al Osito de pelusa pues afirmaba que era una gran pesadez tener que hacerse mayor para siempre.

¹ Recuerda el Autor ahora el plato de Salomé y de cómo las historias se pueden reencontrar en el tiempo.

Suso le entendió solamente que el ratoncito no iba por allí tampoco y que en la casa nadie sabría de él, y que ni siquiera se acordarían de que hubiese existido, y por eso tiró la muela o diente allí mismo, dejándola a un lado y se lió a darle restregones en la piel pelosa y sucia del Osito gris.

Luego, en un arranque, decidió bajar las escaleras, olvidándose al instante de todo lo hecho y dicho.

Para lo que luego ocurrió debemos recordar que el Hombre de trapo era muy amañado. Le había hecho a Miriam, la muñeca de cartón, una camita más ancha que la que tenía cuando ya pensaban en Cristalina, y un roperito con su espejo y todo. Y cuando dio por descubrir la muela o diente infantil debajo de la cama de Miriam, se puso inmediatamente a tallar una figura sacra², pero sus habilidades no hallaron inspiración y acabó pronto por dejar la idea de lo que había pensado y lo tornó en un objeto cúbico. Lo que hubiese ostentado rostro único en sus seis lados, acabó siendo una viruela de huecos, algo así como un dado, pero tosco.

¿Y para qué les iba a servir aquel dado? ¿Y por qué le había salido un dado cuando él esperaba sacar, aunque minúscula, una bella figurita para regalar a Miriam, la muñeca de cartón? Ah, qué angustia, idear una cosa y hacer otra distinta. De todas formas se trata de una figura perfecta, se dijo. Un cubo tiene seis lados totalmente iguales y siempre tiene estabilidad. Pero le había disgustado no haber podido conseguir la bellísima figura imaginada. Le había ocurrido igual que cuando intentaba decir una cosa y acababa surgiéndole otra inesperada por completo.

Miriam cogió aquel pequeño dado en el hueco de su tosca manita, lo dejó caer y rodando fue a dar junto al muñeco de trapo. Volvía a hacerlo y aquel dado de muela infantil tornaba de nuevo a acercarse a aquellos medio descompuestos trapos y recosidos algodones. Un nuevo brillo se hizo en los ojitos de revejudo de hombre de trapo. Intentó suponerse las insinuaciones, nunca caviladas, por Miriam la muñeca de cartón. Y por eso se le acercó poco a poco y comenzó a acariciarle su manita de cartón. Ella estaba acostumbrada solo a las diminutas manos infantiles, a que toda mano fuera síntoma de moquetes y zarandeos. Pero esta vez aquellas manos de trapo azul y blanco la estaban acariciando con dulzura, aunque con algo de contención y tosquedad.

Miriam imitó su propia sonrisa íntima de la soledad, y ese pareció ser el signo esperado por el muñeco de trapo. La tomó entre sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

² Él, que siempre quiso ser imaginero, aunque se confesaba republicano hasta el último recosido de su cuerpo de trapo.

Miriam quiso oírle, allá adentro, unos toquitos tímidos, pero acelerados, y le encantó también aquella novedad. Para cuando se dejó ir, también acabó, al fin, por caer en el cuerpo del Muñeco de trapo, como depositándose en una entrega total.

Inocente.

Abierta la manita de Miriam, el dado en libertad dio tres trompquetes y cayó de un lado dejando ver en su cara superior tres hoyuelos equidistantes entre sí, como la abstracción precisa de un triángulo equilátero.

Como el anuncio de un acto perfecto.